

LA SOCIEDAD ALCOHOLADICTA

LA Sociedad Científica Española para el Estudio del Alcoholismo y las Toxicomanías publicaba recientemente los resultados de una encuesta, realizada en diversas provincias, en los que se constataba un aumento general de los índices de morbilidad alcohólica en todos los grupos de población, y más acusadamente entre las mujeres y los jóvenes. La muestra llega a registrar aumentos en el porcentaje de alcohólicos entre los mayores de diecinueve años de hasta tres veces el de hace una década en determinadas regiones españolas.

—¿Es absolutamente perjudicial el consumo de alcohol?

—No queremos pecar de radicales ni darle a este problema más importancia de la que realmente tiene. Pensemos, como ya afirmó en mil novecientos cincuenta y tres el profesor Rey Ardid, que el consumo de bebidas alcohólicas con moderada concentración de alcohol, si se hace en cantidades prudentes, no ha podido demostrarse que resulte perjudicial, aunque opinen otra cosa los fanáticos antialcoholistas. De igual modo interesa dejar claro que la tasa de consumo por persona, aunque se haya obtenido de la forma más minuciosa posible, nunca debe interpretarse como una indicación del grado de alcoholismo o de los cambios que puedan sobrevenir en la frecuencia del alcoholismo. Sin embargo —seguimos en esto al Comité de Alcoholismo de la Organización Mundial para la Salud—, un aumento de la frecuencia relativa de los consumidores en el interior de un grupo de edad sí que es probablemente un signo anunciador de un crecimiento del alcoholismo diez o quince años después, debido a que una determinada proporción de los consumidores van a correr el riesgo de llegar a ser alcohólicos.

Antonio Seva y Juanjo Vázquez puntualizan —prácticamente al unísono— su posición respecto a lo que se obstinan en llamar los problemas del alcohol antes que el alcoholismo, que no es sino una de sus formas. Su pretensión de flexibilidad no se contradice con la afirmación de que el alcohol es una forma de toxicomanía, precisamente la que la sociedad española consiente y aun alienta.

Antonio Seva, psiquiatra, profesor adjunto de las cátedras de Psiquiatría y Psicología Médica de la Facultad de Medicina de Zaragoza, y Juanjo Vázquez, sociólogo, profesor de Sociología del Instituto Superior de Estudios Especiales de la misma ciudad, preparan un extenso informe sobre «Higiene Mental en Zaragoza», uno de cuyos capítulos, el primero cronológicamente, lo constituye una investigación sobre «Trabajo y alcohol: comportamiento frente al alcohol de la población activa de Zaragoza», completado con un apéndice sobre «Consumos de sustancias analgésicas, tranqui-

lizantes y estimulantes» entre las amas de casa. A lo largo de toda la conversación, lo que diga el uno será refrendado por el otro. Su colaboración es, al propio tiempo, una excelente muestra de trabajo en equipo, de la recomendable complementariedad de diversas disciplinas, ahora que en nuestro país nadie defiende lo contrario, aunque pocos lo pongan en práctica.

—Pienso que el acercamiento a los problemas del alcohol debe ser multidisciplinario, porque múltiple es su problemática. Además, se diría que los médicos —confiesa Antonio Seva— padecemos un vértigo inmanente ante lo sociológico.

—¿Hablamos de alcoholismo o de los problemas del alcohol?

—En nuestro trabajo utilizamos preferentemente la expresión **comportamiento frente al alcohol**, porque el término alcoholismo está actualmente demasiado cargado de significación y resulta unívoco; a fin de cuentas, se trata de una enfermedad que afecta a un determinado número de personas definidas por su manifiesta dependencia del alcohol, mientras que la Organización Mundial para la Salud recomienda que en lugar de aplicar el vocablo alcoholismo a todos los abusos de bebidas alcohólicas, es preferible hablar de los problemas del alcohol y considerar el alcoholismo como uno de ellos. Además, nuestra investigación no se reduce a estudiar casos de alcoholismo, sino que tiene un campo de acción más amplio.

—El pasado veintidós de octubre se publicaba en un diario de Madrid (1) una «mesa redonda» sobre gastronomía. En su transcurso, uno de los participantes afirmaba que el consumo de un hombre que trabajaba debía ser de un litro de vino de doce grados al día y de medio litro el de la mujer.

—Insistimos en que la tasa de consumo por persona no debe interpretarse como una indicación del grado de alcoholismo, pero no está de más recordar que la propia Organización Mundial para la Salud

ha fijado, por así decirlo, un baremo según el cual se considera alcohólico potencial al bebedor de un litro de vino de diez grados o su equivalente en alcohol (coñac, champán, cerveza, etcétera) por día. No es ocioso traer a colación que en España la mayor parte de los vinos superan esta graduación; pero es que, además, la Organización Mundial para la Salud considera, según un informe de su Comité

«Quiere esto decir que, «a priori», el consumo de alcohol es más relevante entre los trabajadores?»

—La encuesta y su análisis forman parte, como ya hemos dicho, de un trabajo mucho más amplio sobre salud mental en Zaragoza, que iremos realizando en sucesivas etapas. Esta ha sido la primera. Hay que aclarar, de todos modos, que de una investigación como la presente no vamos ciertamente a es-



Se considera alcohólico potencial al bebedor de un litro de vino de diez grados —o su equivalente— por día.

de Expertos, de mil novecientos cincuenta y cinco, que «junto a los casos de alcoholismo caracterizados por la incapacidad de abandonar la bebida sin reparar en sus peligrosas consecuencias, es muy posible que el consumo de alcohol en cantidades consideradas como normales tenga efectos perniciosos para la salud». El problema más importante del consumo de alcohol reside, pues, no tanto en el alcoholismo en sí, sino en el potencial, en lo que podríamos llamar el estilismo reinante y aceptado sin reservas.

Alienación y alcohol

—Vuestro informe se refiere únicamente a la población activa.

clarecer causas, sino únicamente sugerir hipótesis, abriendo quizá alguna senda para futuras investigaciones y acercándonos sobre el terreno a toda esta problemática tan importante desde el punto de vista de la higiene mental de una ciudad en vías de incorporarse a la sociedad industrial. Siguiendo a Reid, podemos afirmar que la correlación no implica necesariamente la causalidad, sencillamente por el hecho de que la causa hipotética puede encontrarse constantemente asociada al efecto psicológico en razón de que ambos dependan por separado de un tercer factor, conocido o desconocido.

—¿No se podría establecer en ningún caso una relación de causa a efecto en cuanto al consumo de

(1) «Arriba», domingo 22 de octubre de 1972: «En España se come mejor que antes», páginas 20, 21 y 22. Señor Busca lausi: «... El libro de Tremolieres recomienda que el consumo de un hombre que trabaja sea de un litro de vino de doce grados al día, y el de su mujer, medio litro. Aquí andamos bajísimos».



alcohol entre la población activa por la inadaptación al trabajo o al medio?

—Se ha hablado mucho sobre el papel alienante de la gran ciudad, pero hay que tener en cuenta que el dato más importante a considerar no es la situación de la persona en un medio urbano en cuanto opuesto al medio rural, sino el mayor o menor grado de desorganización social existente en uno u otro. En una encuesta realizada por Clerc en mil novecientos sesenta y siete en París y otros departamentos, se mostraba que la inmensa mayoría de los inmigrantes se adaptan bastante bien, o al menos mejor de lo que se suponía, al distinto medio, colocando a un decisivo nivel de importancia las estructuras sociales alienantes, pero también las personalidades vulnerables que con ellas coinciden.

«De todos modos, la ciudad industrializada o en vías de industrialización (y hay que estar muy atentos a este proceso porque por él camina nuestro país en la actualidad) exige de los recién llegados a ella un sobreesfuerzo de adaptación en todos los órdenes, y no es el menor el que se requiere para la adecuación a nuevos trabajos, tantas veces frustrantes. Cuando se añade a ello que todo el cúmulo de necesidades hábilmente creadas por nuestra cultura comienzan a vivenciarse como inalcanzables, en su gran mayoría, para el hombre extasiado ante ellas, una frágil personalidad se puede colocar en trance de utilizar las siempre fáciles

vías de la huida de lo real y el refugio en lo imaginario que proporciona la misma sociedad. Un investigador, D. Horton, ya en mil novecientos cuarenta y tres, realizó un interesante estudio transcultural en una serie de sociedades primitivas, demostrando cómo la fuerza de la respuesta alcohólica en una sociedad varía en relación directa con el nivel de ansiedad en ella.

—Luego existe correlación entre alienación y consumo de alcohol...

—Ciertamente. Según Alonso Fernández, por ejemplo, el aislamiento social está en la base de la génesis de la alcoholomanía, pero también la frustración social nacida del desnivel existente entre las aspiraciones sociales y el «status» alcanzado. De igual modo, Santo Domingo atribuye el aumento de alcoholismo en nuestro país a partir de mil novecientos cincuenta a la enorme evolución de las estructuras económicas habidas desde entonces. El alcohol sería entonces la droga por la que buscarían muchos el reajuste social no conseguido por otros medios. Llaveró opina que el aumento en el consumo de alcohol puede deberse a la existencia de un defecto en la comunicación, con el consiguiente sentimiento de soledad. Para Castilla del Pino, el alcoholismo sería un modo de compensación de la incomunicación fáctica en una sociedad competitiva y se debería a la conjunción de una realidad y la conciencia —más o menos oscura por parte del sujeto— de su incapacidad para la modificación por sí mismo de aquélla.

El investigador francés Demogeot apunta que el aumento de consumo de alcohol puede suponer una tentativa de buscar satisfacción a necesidades de tipo religioso utilizando un medio no religioso, pero ligado a ello de una manera simbólica, como es el vino.

Alcoholadictos y sociedad permissiva

—Quizá esta última correlación no aparezca como muy definitiva, pero es innegable el sentido mítico del alcohol en algunas sociedades. En la citada «mesa redonda» sobre gastronomía del periódico madrileño, uno de los participantes afirmaba textualmente: «El vino es sanísimo porque disuelve el colesterol» (2).

—En relación con estos problemas de toxicomanías se observa la falta de conciencia existente en cada cultura para con su tóxico habitual— entre nosotros el alcohol—, al que no sólo se le acepta, sino que se le ensalza rodeándole mágicamente de un sinfín de propiedades beneficiosas: alcohol-calorías, alcohol-alimento, alcohol-salud, alcohol-fuerza, alcohol-virilidad, etcétera. Es evidente que cuanto menos tabú considere una sociedad el consumo de alcohol, tanto más alto será el número de alcohólicos, aunque las repercusiones psíquicas

(2) *Ibidem*. Conde los Andes («Savarin»): «El vino es sanísimo porque disuelve el colesterol».

sean menores. Nos encontramos con el alcohol en España en idéntica situación que otras sociedades con su tóxico habitual, llámese opio o cocaína. Conviene llamar también la atención sobre el hecho de que entre las mujeres se aprecia un considerable aumento en el consumo de analgésicos tales como aspirina, optalidón, calmantes, etcétera, que vienen a desempeñar el mismo papel que el alcohol.

—Nos encontramos, por tanto, en nuestra sociedad con gran número de individuos que ingieren alcohol por diversas causas. De acuerdo con ellas, ¿existen diferentes tipos de bebedores?

—Alonso Fernández apunta tres tipos básicos de bebedor en un plano práctico. El primero, el bebedor excesivo normal, obtendría del alcohol el veinte por ciento o más de sus calorías diarias y lo ingeriría por factores socio-culturales; vuelvo a recordar el baremo que a este respecto establece la Organización Mundial para la Salud, aunque autores como Serigo defienden que el consumo diario de medio a tres cuartos de litro de vino de diez grados es la barrera que comienza a definir al bebedor excesivo. El segundo es el bebedor enfermo psíquico, que bebe para estimular o destruir su universo patológico; es un psicótico, y lo nuclear en él es la psicosis; su alcoholismo es un accidente de su psiquis y en otro país tomaría la droga aceptada por esa otra sociedad. El tercero, el bebedor alcohólico, es un neurótico que utiliza la bebida como defensa contra las vivencias de soledad. Fouquet señala el peligro que corren los bebedores excesivos normales

—los que la sociedad no considera todavía alcohólicos—, de que una ingestión continuada y masiva de alcohol puede llevar a un individuo sin tara psicopatológica alguna a una forma de vida neurótica o psicótica. En cualquier caso, se pueden establecer dos tipos de dependencia del alcohol: una primaria, fruto de experiencias de consumo continuadas, y otra secundaria, de raíces más biológicas.

—Pero, ¿no están rechazados los motivos genéticos para explicar el alcoholismo?

—Es un tema no suficientemente estudiado todavía, aunque resulta muy difícil creer en taras hereditarias de este cariz y en aquello de que de padres alcohólicos nacen hijos alcohólicos. Esta explicación fue un mecanismo de defensa de la sociedad bienpensante del diecinueve para liberarse de la responsabilidad de los factores ambientales que si conducen al alcoholismo. Es lógico que en una familia en la que el padre y la madre sean alcohólicos, los hijos, si las circunstancias socio-económicas no han variado en relación con las de sus padres, acudan igualmente al alcohol como medio de superar esa situación, pero ello obedece a otros factores —los

ALCOHOLADICTA LA SOCIEDAD

ambientales— que los genéticos.

—Hablemos de vuestro trabajo.
—Nuestra investigación se dirige precisamente a comprobar niveles de consumo de alcohol, a constatar la existencia de un hábito de consumo muy generalizado que merece la aprobación de la sociedad, aunque esta misma sociedad articule su sistema de defensa en contra de aquellos que vayan demasiado lejos en su toxicomanía. Se consiente el alcohol como tóxico habitual; pero, paradójicamente, cuando el bebedor se convierte en alcohólico, se pretende castigarle. Según el informe Foessa, un cuarenta y siete por ciento de la clase alta y media alta considera a los alcohólicos como delincuentes. Esta opinión la mantiene sólo un treinta y tres por ciento de la clase baja, seguramente porque su grado de consentimiento es mayor hacia la que es prácticamente la única opción de evasión o refugio que se les ofrece.

—¿Qué interés le suponéis a una investigación de este tipo?

—Dentro del extenso tema de la higiene mental, uno de los aspectos que más nos había llamado la atención desde hace tiempo es el de poder conocer más a fondo las correlaciones posibles entre la problemática de la conducta social ante el alcohol y las actitudes del hombre moderno con respecto a su situación de trabajo. Honradamente creemos que tiene su interés una investigación sobre este punto, en la que se ha elegido una ciudad como Zaragoza, de aproximadamente medio millón de habitantes, de los que trabajan casi doscientos mil, con un índice de crecimiento demográfico extraordinario, alimentado esencialmente a base de una fuerte corriente inmigratoria. Este flujo es de procedencia fundamentalmente rural y de la propia región, aunque hay también contingentes del resto de España atraídos por las posibles perspectivas de trabajo y prosperidad del Polo de Desarrollo. Todas estas coordenadas acentúan las tensiones de desajuste social y no ya el interés, sino la necesidad de acometer este tipo de trabajos. Creemos importante recalcar de nuevo que la investigación está realizada sobre la población activa de Zaragoza, de forma que algunos grupos sociales, como las mujeres, encuentran una menor representación que en la población general.

—¿Qué aspectos recoge la encuesta?

—Hay que explicar que hemos intentado siempre en lo posible atenernos a las recomendaciones metodológicas de la Organización Mundial para la Salud en torno a encuestas sobre alcoholismo, por lo que hemos hecho que formara parte de una mucho más amplia, evitando referir la encuesta únicamente a la bebida. Incluso añadimos unas preguntas complementarias sobre consumo de drogas tranquili-

zantes y estimulantes. En términos generales, la parte de la encuesta referida al alcohol recoge desde las bebidas alcohólicas de diferente tipo ingeridas y la frecuencia de dicho consumo, hasta la forma de beber y la edad de comienzo, pasando por las razones de los abstemios, la frecuencia de las embriagueces, las actitudes frente a la publicidad de bebidas alcohólicas, etcétera.

—La encuesta se ha llevado a cabo en parte del área urbana del término municipal de Zaragoza, prescindiendo, entre las dieciséis entidades de que consta, de aquellas cuya población es fundamentalmente semirural y agrícola, con objeto de que el campo de estudio fuese lo más homogéneo posible y se evitase con ello la dispersión de datos. Como unidad de estudio se tomaron los hogares, asegurando así la inclusión de todas las ocupaciones, incluyendo a las amas de casa que realizan en el hogar trabajos remunerados y a las empleadas de hogar. La población activa de Zaragoza se estima en unas ciento setenta mil personas.

—El cuestionario de la encuesta se estructuró en cuatro partes: la primera, general, referida a la descripción de la vida laboral y datos de clasificación; la segunda, general, sobre actitudes ante el trabajo; la tercera, especial, dedicada al estudio de la muestra restringida de obreros manuales de la industria; la cuarta, especial, sobre los problemas del alcohol y otras drogas.

—¿Cuál fue la composición de la muestra?

—Un setenta y ocho por ciento la constituían hombres, y el resto, mujeres, predominando los casados, con hijos (sesenta y uno por ciento), entre treinta y cinco y treinta y nueve años. La mayor parte (cincuenta y cuatro por ciento) sólo tenían estudios primarios, e ingresos medios mensuales entre cinco y ocho mil pesetas (veinticuatro por ciento).

—¿Con qué frecuencia consumen bebidas alcohólicas?

—Casi la mitad de la muestra (cuarenta y ocho por ciento) lo hacen diariamente, y un veintidós por ciento de forma ocasional. Sólo el resto se confesó abstemio. La variable sexo influye decisivamente, pues beben a diario más de la mitad de los hombres y una quinta parte de las mujeres. Se observa un aumento gradual del consumo hasta los treinta y cinco años, y a partir de ahí, con una disminución posterior, y que a mayor nivel de estudios, menor proporción de consumo cotidiano. Otro dato de interés es que las personas con un horario laboral normal (entre cuarenta y cincuenta horas semanales) presentan un índice de frecuencia de consumo menor que los que tienen horarios superiores o inferiores.

—¿Cuál es la frecuencia de consumo entre los jóvenes?

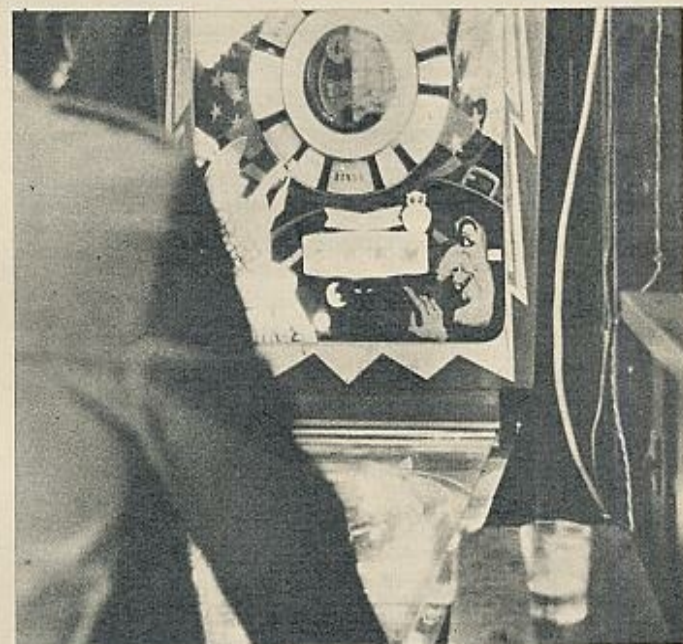
—Aunque el porcentaje de abstemios es menor que en las generaciones precedentes, es también menor el consumo diario, y se puede establecer que consumen menos que sus predecesores. Además, el porcentaje de jóvenes abstemios que dicen no beber porque no les gusta es mayor que entre los abstemios de más edad, que aducen razones de prohibición médica, de perjuicio a la salud, etcétera, lo que hace suponer que beberían en caso de poderlo hacer en un porcentaje elevado de, aproximadamente, la mitad de los abstemios.

—¿Hay alguna bebida «reina»?

—El vino. La mitad exacta de los consumidores habituales toman vino, y un tercio, vino con gaseosa. Hay dos datos llamativos: que el consumo ocasional de ambos es mínimo y que existe una especie de «frontera de las ocho mil pesetas»; por debajo de esos ingresos mensuales se consume vino con ga-

dirle el calificativo de aragonés. Ciertamente, el vino común aragonés es de alta gradación, no menos de 14 grados, y puede ocurrir, sin necesidad de buscar demasiado, que le sirvan a uno tinto de 18 grados en cualquier tasca. Compárense estos datos con la pauta de la OMS de considerar alcohólico potencial al bebedor de un litro de vino de 10 grados al día o su equivalente.

—Según nuestros cálculos, cuarenta centímetros cúbicos de vino en Aragón vienen a suponer más de sesenta centímetros cúbicos de acuerdo con las recomendaciones de la Organización Mundial para la Salud, y resulta que sobrepasan entonces este nivel más de la mitad de las personas que beben diariamente, alcanzado el litro un veintuno por ciento de los consumidores diarios. La edad no influye en la cantidad de alcohol ingerida, aunque sí, lógicamente, el sexo. Tampoco influyen notablemente la ocupación habitual ni el nivel de estudios. Relacionando la frecuencia del



Se comienza a beber en la adolescencia. Trabajo y consumo de alcohol caminan unidos desde sus comienzos.

seosa mayoritariamente y vino solo por encima de ese nivel; curiosamente, nos hallamos ante un caso de bebidas discriminatorias. La cerveza es la bebida de mayor consumo ocasional, a la que siguen los aperitivos y los licores. Estos resultados indican sin género de dudas el modo de beber en nuestro país: vino solo o con gaseosa de forma cotidiana, y ocasionalmente el resto de las bebidas.

Antonio Seva y Juanjo Vázquez recuerdan que la encuesta se ha llevado a cabo en Zaragoza y que al hablar de vino es ineludible añe-

consumo de las diferentes bebidas con la cantidad de alcohol absoluto consumido, nos encontramos con que el vino es el más importante vehículo del alcohol ingerido y que cuanto más aumenta la cantidad de alcohol consumida, más ascienden los porcentajes de personas que toman vino solo diariamente. En el caso de vino con gaseosa ocurre el fenómeno contrario, de lo que deducimos que tomar esta bebida es indicio de menor afición al alcohol.

—El bebedor solitario tiene hasta su aureola de marginado. ¿Cómo



El papel alienante de la gran ciudad... El grado de desorganización social... Trabajos tantas veces frustrantes... Necesidades creadas e inalcanzables... El alcohol parece ser la única huida a este cerco.

se bebe, solo o acompañado, y en qué ocasiones?

—Los bebedores habituales lo son preferentemente durante las comidas, de vino solo o con gaseosa, según hemos dicho, pero destaca el diferente hábito de bebida según el estado civil: los casados beben más en el curso de las comidas, mientras los solteros tienden a hacerlo más fuera de ellas, motivados, en un alto porcentaje, «según las circunstancias». Por otro lado, el bebedor medio lo hace casi exclusivamente en las comidas, pero ese bebedor que llega a alcanzar el litro diario o más lo hace progresivamente fuera de ellas. En cuanto a la compañía, tres cuartas partes prefieren beber con otras personas, para el veinte por ciento «es indiferente» o «depende», y a un cinco por ciento les satisface más hacerlo solos. Estas cifras indican la característica eminentemente social del modo de beber español. Es curioso observar también que hay un incremento constante del bebedor solitario de los solteros a los casados con hijos, de éstos a los casados sin hijos y de éstos a los viudos, pudiendo establecer, en términos generales, que a una mayor frustración correspondía una mayor propensión al consumo solitario de bebidas alcohólicas.

—De lo que lleváis dicho, deduzco una posible clasificación de bebedores-tipo.

—Podría haber tres grupos: Bebedor de hasta cuarenta centímetros cúbicos, casi exclusivamente

en las comidas y con preferencia en compañía; consume en gran proporción vino con gaseosa. Bebedor de hasta cien centímetros cúbicos, en buena cantidad fuera de las comidas, sin preferencia por solo o acompañado; toma vino, pero también otras bebidas; todo ello más acusado en el grupo de sesenta a cien centímetros cúbicos. Bebedor de cien centímetros cúbicos y más; no bebe demasiado fuera de las comidas, prefiere hacerlo en compañía y, fundamentalmente, vino solo.

—¿Es habitual la embriaguez?

—En líneas generales, un cincuenta y seis por ciento de la población entrevistada dice no haberse embriagado nunca y un cuarenta y dos por ciento confiesa haberlo hecho una o más veces. Naturalmente, predomina el porcentaje masculino. Es de resaltar que entre los jóvenes, hasta los veintinueve años, aumenta el porcentaje de borracheras, mientras que entre los de más edad aumenta el de los que confiesan haberse embriagado una sola vez. Esto parece ir en contra de las probabilidades de que una persona mayor se haya embriagado más veces que una joven; quizá por la existencia de prejuicios entre los mayores a la hora de contestar. Por lo general, a mayor nivel de estudios se corresponde una menor frecuencia de la embriaguez.

—¿Cuándo se comienza a beber?

—Nada menos que un diez por ciento confiesan haber empezado antes de los doce años, y si eleva-

mos la edad a los veintiuno, quedan comprendidas ahí las tres cuartas partes de los bebedores. Se observa que cuanto antes se comienza a trabajar, antes se empieza a beber. Trabajo y consumo de alcohol quedarían así unidos en gran parte desde sus comienzos, mostrando de nuevo la honda raigambre social de la bebida entre los españoles.

—¿Qué razones inducen a beber?

—Nosotros preferimos hablar de la imagen que el alcohol despierta entre los bebedores. Ya hemos advertido que consideramos muy arriesgado, con una pretensión de seriedad científica, establecer relaciones de causalidad.

—De acuerdo. ¿Qué imágenes despierta el alcohol?

—Cabén tres posturas: la indiferencia, las imágenes positivas y las negativas. Como era de esperar, los bebedores se inclinan por las imágenes positivas, aunque tampoco faltan las otras dos posturas. Podemos distinguir, en las positivas, entre imágenes fisiológicas (da fuerzas, estimula, contiene calorías, es digestivo) e imágenes psicosociales (alegra la vida, favorece las relaciones sociales), ambas con elevados porcentajes. Las mujeres consideran el alcohol fisiológicamente negativo (produce enfermedades) en buen número, en tanto que, en el mismo plano, los hombres lo consideran positivo (sobre todo, da fuerzas). Por grupos de edades no se observan grandes diferencias; la respuesta «produce enfermedades» consigue en todos una alta proporción, pero también la imagen «contiene calorías». De todos modos, el «alegra la vida», de mayor frecuencia entre los jóvenes, y el «da fuerzas y estimula», del grupo entre cuarenta y cinco y cincuenta y cuatro años, no son sino el reflejo de una determinada posición existencial, estrechamente ligada a las características psicobiológicas de las edades del hombre.

—¿Influye de alguna manera en las imágenes del alcohol el nivel de estudios?

—Paradójicamente, no, aun con toda la serie de factores psicosocioeconómicos que el nivel de estudios lleva consigo. Debidamente confrontadas y analizadas las tablas de la encuesta, nos atreveríamos a afirmar que el alcohol forma parte del conjunto de tradiciones, rituales y simbolismos sobre el que, transmitido de generación en generación, basa una sociedad su cultura. Sólo de esta forma puede explicarse que esa misma cultura, que distingue todavía al hombre de la mujer como seres socialmente diferentes, regula un comportamiento también diferente para uno y otra ante las bebidas alcohólicas. En nuestra opinión, en un individuo pesa más ser hombre o mujer, del Norte o del Sur, de un área rural o urbana, que el hecho de ocupar tal o cual «status» social, poseer incluso un nivel intelectual

equis, en el momento que nos ofrece su imagen casi arquetípica del alcohol.

—Entonces, todas esas imágenes del alcohol-fuerza, alcohol-salud, etcétera, ¿son falsas?

—Son mitificaciones de unas propiedades que en absoluto corresponden al alcohol, cargado de un sinfín de ingredientes de naturaleza mágica y portador, dentro de la cultura occidental, de valores tales como vitalidad, acción, virilidad, etcétera, entre otros. De ahí que los consumidores, hombres en su mayoría, posean firmemente enraizadas imágenes tan deformadas, que no son consecuencia del consumo, sino de la tradición. Del mismo modo, en una cultura subdesarrollada, el alcohol adopta la forma de una solución evasiva míticamente energética. Recordemos el caso del vino en España: las clases bajas y media-baja tienen la opinión generalizada de que el alcohol «contiene calorías»; se trata de una respuesta debida a la cristalización de una imagen arquetípica del alcohol en las especiales circunstancias sociales de la posguerra; en una sociedad subdesarrollada, quien pase hambre, beberá «para no sentirlo», con lo que el alcohol adquiere propiedades alimenticias: el alcohol-alimento; al mitificar estas propiedades surge el alcohol —importante— portador de calorías, necesarias sobre todo para el hombre trabajador, pero que se integrarán en el acervo cultural común a los dos sexos. Después, la evasión de una sociedad opresiva e impersonal puede tomar el camino de la embriaguez, y así el alcohol «alegra la vida», el alcohol-vitalidad.

—De este modo, el alcohol, a la par que sustancia cargada de atributos más o menos mágicos, sería uno de los medios o mecanismos que cada sociedad institucionaliza para poder resolver una parte de los conflictos que surgen de la oposición hombre-colectividad organizada.

—Iría aún más lejos, porque tendría otra importante misión: intentar solucionar estos conflictos por la vía de la evasión de lo real.

—Todavía «está mal visto» en muchos ambientes y sectores que la mujer beba. Sin embargo, según acabamos de concluir, vive y participa de una «sociedad etilizada». ¿Cómo resolver este conflicto?

—Existe la opinión generalizada de que el alcohol no es perjudicial en proporciones moderadas, pero las mujeres acuden, en gran mayoría, a una imagen fisiológicamente negativa: «produce enfermedades», es decir, mitificar su secular «debilidad». Además, el alcohol está ligado —incluso con raíces religiosas— a los conceptos de virilidad y dominio, por lo que las mujeres, mantenidas lejos del poder social, tendrían prohibido el acceso a la bebida. ■ M. M. E. Fotos: JULIAN CASTELLO JANO.